

# LA BATALLA DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

## LA BATALLA DE SHARPE

Richard Sharpe y la batalla de Fuentes de Oñoro,  
mayo de 1811

Traducción de Carlos Valdés



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Battle*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2022

© Bernard Cornwell, 1995  
© de la traducción: Carlos Valdés, 2011  
© de la presente edición: Edhasa, 2011, 2022  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

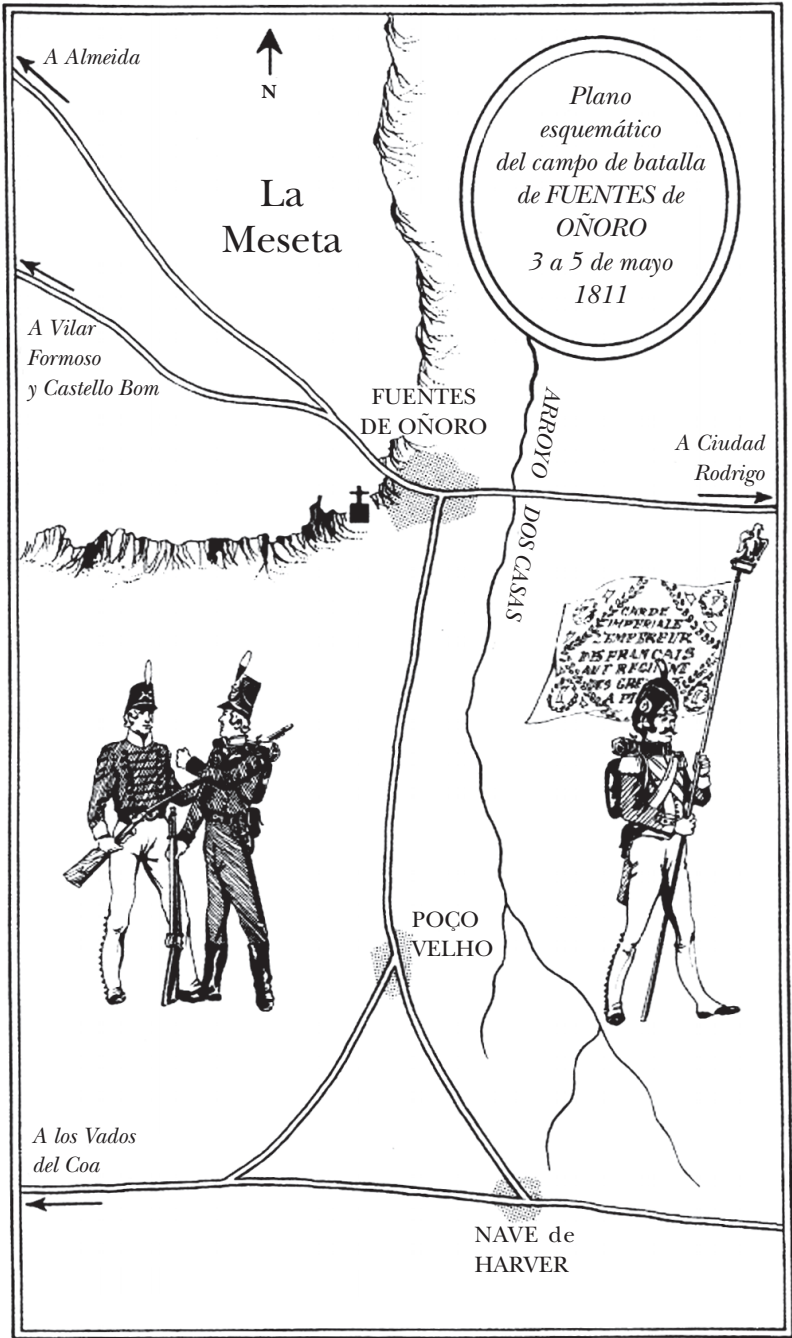
ISBN: 978-84-350-6172-8

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 14796-2022

Impreso en España

*La batalla de Sharpe* es para Sean Bean



## PREFACIO

Éste es otro de los libros de Sharpe que fue escrito fuera de secuencia y, una vez más, a instancias de la Carlton Television, que quería una historia peninsular extra, aunque al final no fui capaz de enviar el libro terminado en el plazo previsto a los productores, y ésta es la razón por la que el capítulo de la serie *Sharpe's Battle* sigue bastante de cerca la primera mitad del libro, pero después ofrece un final alternativo.

El libro narra la historia de una batalla, la de Fuentes de Oñoro, que se libró entre el 3 y el 5 de mayo de 1811. Narra también la «guerra de fronteras» que consumió gran parte de los esfuerzos de Wellington en la fase inicial de la guerra peninsular. La frontera, por supuesto, era la de España y Portugal, y Wellington necesitaba asegurar las grandes fortalezas que bloqueaban aquella franja peninsular. La caída de las inmensas fortalezas españolas se cuenta en *Sharpe y sus fusileros*, pero este libro viaja un año atrás en el tiempo, cuando las defensas de la frontera aún frustraban a los ingleses. Los franceses controlaban los dos grandes baluartes españoles y uno de los dos portugueses, Almeida, que estaba bajo sitio de los ingleses. Masséna, el mariscal francés, intenta romper el sitio y, para detenerlo, Wellington combate en Fuentes de Oñoro, situado en la misma frontera.

Fue una batalla notable. En primer lugar, y de forma poco habitual para las guerras napoleónicas, duró más de un día. La duración de la batalla da fe de su importancia y ferocidad. En segundo lugar, fue, al igual que Waterloo, fruto de una impulsiva y genial maniobra militar. Wellington encaró una importante decisión en Fuentes de Oñoro. Podía proteger las calzadas por las que su ejército debería retirarse si perdía la batalla, o bien podía bloquear el camino a Almeida, pero no podía hacer ambas cosas. Intentó hacerlas y fracasó, y la decisión que tomó al final fue valiente y arriesgada. Masséna estuvo muy cerca de ganar la batalla con su espléndido movimiento envolvente por la izquierda, y la narración de cómo se retiró la División Ligera Inglesa por la llanura al sur de Fuentes de Oñoro, salvando así al ala derecha del ejército de Wellington, es extraordinaria. Como es natural, Sharpe está en medio de todo esto, así que dejaré que la novela cuente la historia.

Sin embargo, lo que diferenció Fuentes de Oñoro de todas las demás batallas de la campaña fue el combate en el propio pueblo. Fuentes de Oñoro era una localidad grande, construida en la ladera de una colina, una maraña de callejas, callejones, casas y edificios anejos. No había sitio para formaciones disciplinadas en semejante laberinto, ni para columnas ni líneas. Fue una lucha callejera, cuerpo a cuerpo, brutal y sangrienta. Ambos bandos soltaron a sus mejores hombres en aquel pueblo, que se convirtió en una caldera de horror. Como es natural, Sharpe también está allí.

La batalla puso freno al intento de Masséna de liberar Almeida del sitio inglés, aunque la mayor parte de la

guerra de fronteras no fue tan dramática, sino más bien una tarea de desgaste diario patrullando colinas vacías mientras se vigilaba al enemigo. En la novela, Sharpe es destacado durante un tiempo al fuerte de San Isidro, que me inventé, aunque a unos pocos kilómetros de Fuentes de Oñoro hay un lugar así, el fuerte Concepción, que está abandonado y medio desmantelado: los ingleses lo volaron para negarles sus muros a los franceses, y lo hicieron de forma chapucera, matando a algunos de sus hombres en la explosión. En su día, el fuerte Concepción debió de costar lo equivalente a un portaaviones nuevo, si bien ahora está vacío y es un sitio perfecto para una merienda campestre. Cuando, hace veinte años, hice un viaje sin un céntimo por España y Portugal para ver los lugares sobre los que esperaba escribir, nunca pensé en pasar más de una tarde en el fuerte Concepción, pero terminé pasando una semana acampado en su hornabeque. Entonces, ¿por qué no lo utilicé para la novela? Porque está en el lugar incorrecto. Si Sharpe hubiese estado destacado en el fuerte Concepción, probablemente nunca habría sido requerido en Fuentes de Oñoro, más bien se hubiera quedado donde estaba para proteger el ala izquierda del ejército; así que, para hacerlo pasar por otro infierno, inventé un remoto fuerte llamado San Isidro. Pobre Sharpe.



# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO 1

Sharpe lanzó una maldición. Después, desesperado, volvió a dar otra vuelta al mapa.

–Daría lo mismo no tener ningún puñetero mapa –dijo–, éste no sirve ni para limpiarse el culo.

–Podríamos usarlo para encender fuego –sugirió el sargento Harper–. Es difícil encontrar buena yesca por estas colinas.

–No sirve para nada más –dijo Sharpe. El mapa trazado a mano mostraba un puñado de pueblos, unas pocas líneas vacilantes para los caminos, arroyos o ríos, y vagos sombreados para indicar las colinas, aunque lo único que Sharpe podía ver eran montañas. Ni caminos ni pueblos, sólo grises e inhóspitas montañas pedregosas con sus picos envueltos en la niebla, y valles que atravesaban arroyos blancos y crecidos por las lluvias primaverales. Había conducido a su compañía a las tierras altas de la frontera norte entre España y Portugal, y allí se habían perdido. Aunque a su compañía, cuarenta soldados con fardos, morrales, cajas de cartuchos y armas, parecía no importarle. Agradecían aquel inesperado punto muerto de las hostilidades, así que se sentaron o se recostaron junto al sendero cubierto de hierba. Unos encendían sus pipas, otros dormitaban, mientras el capitán Richard Sharpe volvía a darle la vuelta

al mapa y después, enfurecido, lo convertía en una bola arrugada—. Nos hemos perdido —dijo, y después, para ser justo, se corrigió—. Me he perdido.

—Mi abuelo se perdió una vez —observó Harper servicial—. Le había comprado un buey a un tipo de la parroquia de Cloghanelly, y decidió tomar un atajo a casa por las montañas de Derryveagh. Entonces se levantó la niebla, y mi abuelo no podía distinguir su izquierda de su derecha. Estaba perdido como un corderillo, cuando de pronto el buey rompió filas y salió disparado hacia la niebla y se despeñó por un barranco al valle de Barra. Mi abuelo contaba que pudo oír a la pobre bestia berreando mientras caía; después se oyó un golpe seco, como cuando tiras una gaita desde la torre de una iglesia, sólo que más fuerte, decía él, porque calculaba que debían de haber oído aquel golpe hasta en Ballybofey. Años después, solíamos reírnos de aquello, pero no en aquel momento. Por Dios, no, en aquel momento fue una verdadera tragedia. No podíamos permitirnos perder un buen buey. Nunca supo qué había empujado al buey a correr de esa forma...

—¡Por las lágrimas de Cristo! —interrumpió Sharpe—. ¡Yo no puedo permitirme perder a un maldito sargento que no tiene nada mejor que hacer que cotorrear sobre un puñetero buey!

—¡Era una bestia valiosa! —protestó Harper—. Además, nos hemos perdido. No tenemos nada mejor que hacer para pasar el rato, señor.

El teniente Price había permanecido en la retaguardia de la columna, pero ahora se reunió con su oficial al mando.

—¿Nos hemos perdido, señor?

–No, Harry, he venido aquí sólo por darme el gusto. Dondequiera que estemos –Sharpe echó un vistazo desganado al húmedo y sombrío valle. Se enorgullecía de su sentido de la orientación y de su habilidad para cruzar territorios desconocidos, pero ahora estaba completamente perdido, y las nubes eran tan espesas como para esconder el sol, de manera que ni siquiera podía saber en qué dirección quedaba el norte–. Necesitamos una brújula –dijo.

–¿O un mapa? –sugirió despreocupadamente el teniente Price.

–¡Ya tenemos un maldito mapa! –Sharpe lanzó el mapa arrugado a las manos del teniente–. El mayor Hogan lo dibujó para mí, y no consigo encontrarle ni pies ni cabeza.

–Nunca fui bueno con los mapas –confesó Price–. Una vez me perdí llevando a unos reclutas de Chelmsford a los barracones, y eso que era una carretera recta. También tenía un mapa aquella vez. Creo que debo de tener cierto talento para perderme.

–Mi abuelo era igual –dijo Harper orgulloso–. Se podía perder mientras entraba y salía por una puerta. Le estaba contando aquí al capitán lo de aquella vez que subió con un buey la Slieve Snaght. Hacía mal tiempo, ya ve, y él tomó un atajo y...

–A callar –dijo Sharpe con brusquedad.

–Tomamos el camino equivocado en aquel pueblo en ruinas –dijo Price, frunciendo el ceño mientras miraba el mapa arrugado–. Creo que debimos haber seguido por el otro lado del arroyo, señor –Price le mostró el mapa a Sharpe–. Si es que eso es el pueblo. Es difícil decirlo en

realidad. Pero, si es así, estoy seguro de que teníamos que haber cruzado el arroyo, señor.

Sharpe tenía la ligera sospecha de que Price estaba en lo cierto, pero no quería admitirlo. Hacía dos horas que habían cruzado el arroyo, así que sólo Dios sabía dónde estaban ahora. Ni siquiera sabía si estaban en Portugal o en España, aunque tanto el paisaje como el clima parecían más propios de Escocia. Se suponía que iban de camino a Vilar Formoso, donde su compañía, la Compañía Ligera del Regimiento de South Essex, quedaría asignada al alcalde de la ciudad como unidad de guardia, perspectiva que desanimaba a Sharpe. Su tarea en una guarnición de villorrio era poco mejor que la de ser preboste, y los prebostes eran el escalón más bajo de la vida militar, pero el South Essex andaba corto de hombres, así que el regimiento había sido apartado del frente de batalla y ahora lo asignaban a tareas administrativas. La mayor parte del regimiento escoltaba carros de bueyes cargados de suministros que embarcaban Tajo arriba desde Lisboa, o bien vigilaban a los prisioneros franceses de camino a los barcos que los llevarían a Inglaterra, pero la Compañía Ligera se había perdido, y todo porque Sharpe había oído un cañonazo distante que se asemejaba a un trueno lejano y había decidido marchar hacia el sur, sólo para descubrir que sus oídos le habían jugado una mala pasada. El ruido de la escaramuza, si es que había sido de hecho una escaramuza y no un trueno de verdad, se había apagado, y ahora Sharpe no tenía ni idea de dónde estaba.

—No me atrevería a jurarlo, señor, pues como le he dicho no soy muy ducho leyendo mapas. Podría ser cualquiera de esos garabatos, señor, o puede que ninguno.

–Entonces, ¿por qué demonios me lo está mostrando?

–Con la esperanza de que le inspire, señor –añadió Price herido–. Estaba intentando ayudar, señor. Intentaba levantar los ánimos –Volvió a bajar la mirada al mapa–. Puede que éste no sea un buen mapa –sugirió.

–Será bueno como yesca –repitió Harper.

–Una cosa es segura –dijo Sharpe mientras le quitaba el mapa a Price–, no hemos cruzado el riachuelo, lo que significa que esos arroyos deben de correr hacia el oeste. –Se quedó callado–. O es probable que corran hacia el oeste. A menos que el maldito mundo se haya dado la vuelta, lo que es probable en estos tiempos, pero seguiremos los puñeteros arroyos por si da la maldita casualidad de que no es así. Esto –le tendió el mapa a Harper–, para yesca.

–Eso es lo que hizo mi abuelo –dijo Harper, guardándose el arrugado mapa en su decolorada y raída casaca verde–. Siguió el curso del...

–Cállese –dijo Sharpe, pero esta vez sin enfado. Habló más bien con calma, y al mismo tiempo hizo un gesto con la mano izquierda para indicar a sus acompañantes que se agacharan–. Un maldito gabacho –susurró–, o lo que sea... Nunca había visto un uniforme como ése.

–Demonios –dijo Price, al tiempo que se dejaba caer a tierra.

Había aparecido un jinete a sólo unos doscientos metros del sendero. El hombre no había visto a la infantería inglesa ni tampoco parecía estar buscando enemigos. Con el caballo al paso, salió deambulando de un valle lateral y se detuvo; entonces el jinete se inclinó con pereza por encima de la silla de montar y se colgó las

riendas en un brazo, mientras se desabrochaba los anchos calzones y orinaba en el sendero. El humo de su pipa se elevaba lentamente en el aire húmedo.

El fusil de Sharpe dio un chasquido cuando éste tiró del percutor hacia atrás. Todos los hombres de Sharpe, incluso aquellos que habían estado dormitando, estaban ahora alerta echados sobre la hierba, tan agazapados que aunque el jinete hubiese mirado en su dirección, probablemente no habría visto a la infantería. La compañía de Sharpe era una unidad experta en avanzadillas, curtida por dos años de combates en Portugal y España, y tan bien entrenada como cualquier soldado del continente.

–¿Reconoce el uniforme? –preguntó Sharpe a Price en voz baja.

–Nunca antes lo había visto, señor.

–¿Pat? –preguntó Sharpe a Harper.

–Parece un maldito ruso –dijo Harper.

El sargento nunca había visto a un soldado ruso, pero tenía la retorcida idea de que tales criaturas vestían de gris, y aquel misterioso jinete vestía un uniforme gris. Llevaba una casaca corta gris de dragón, calzones grises y un penacho de crin gris en su casco gris acerado. O quizá, pensó Sharpe, sólo era una cubierta de tela para evitar que el metal del casco reflejara la luz.

–¿Español? –preguntó Sharpe en voz alta.

–Esos señoritingos siempre van cargados de adornitos, señor –dijo Harper–. A éstos no les gusta morir con ropas sin lustre.

–Puede que sea un partisano –sugirió Sharpe.

–Sus armas son gabachas –dijo Price–, y sus calzones también.

De hecho, el jinete meón iba armado igual que un dragón francés. Llevaba una espada recta, una carabina de cañón corto envainada en la funda de su silla y un par de pistolas enganchadas en su cinturón. También llevaba los característicos *saroual*, unos pantalones anchos muy del gusto de los dragones franceses, pero Sharpe nunca había visto que un dragón francés llevara unos grises como aquéllos ni, desde luego, una casaca gris. Los dragones enemigos vestían siempre casacas verdes, pero no el verde oscuro de cazador de los gabanes de los fusileros ingleses, sino un verde más claro y más brillante.

—¿Se estarán quedando sin tinte verde esos cabrones? —sugirió Harper; después se hizo el silencio mientras el jinete se abrochaba sus abolsados calzones y volvía a montar. El hombre escudriñó detenidamente el valle, no vio nada alarmante y espoleó su caballo hacia el lado oculto de la ladera.

—Estaba explorando —dijo Sharpe en voz baja—. Lo habrán enviado a ver si había alguien por aquí.

—Pues ha hecho un trabajo penoso —comentó Harper.

—Aun así —dijo Price con fervor—, sería bueno que tomáramos la dirección contraria.

—De eso nada, Harry —dijo Sharpe—. Vamos a ver quiénes son esos cabrones y qué están haciendo —señaló hacia lo alto de la colina—. Adelántese usted, Harry. Llévase a sus hombres y suba hasta la mitad de la ladera, después espere.

El teniente Price subió la empinada ladera con los casacas rojas de la compañía de Sharpe. La mitad de la compañía vestía las casacas rojas de la infantería de línea inglesa, mientras que la otra mitad, como el propio Sharpe,



llevaba las casacas verdes de los regimientos de fusileros de élite. Había sido un accidente de guerra lo que había acabado con Sharpe y sus fusileros dentro de un batallón de casacas rojas, pero era la pura inercia burocrática lo que los mantenía allí, y ahora ya resultaba difícil distinguir a los fusileros de los casacas rojas por lo raídos y descoloridos que estaban sus respectivos uniformes. En la distancia, todos los uniformes parecían marrones por la barata tela portuguesa que los hombres se habían visto forzados a usar para los remiendos.

–¿Cree que hemos cruzado las líneas? –preguntó Harper a Sharpe.

–Es muy probable –contestó Sharpe con amargura, pues aún estaba enfadado consigo mismo–. Como si alguien supiera dónde están las malditas líneas –dijo en su defensa, y en parte tenía razón. Los franceses se estaban retirando de Portugal. El enemigo había permanecido todo el invierno de 1810 frente a las líneas de Torres Vedras, a sólo medio día de marcha de Lisboa, y allí se habían muerto de frío y de hambre en vez de retirarse a sus depósitos de abastecimiento de España. El mariscal Mas-séna sabía que esa retirada dejaría todo Portugal en manos de los ingleses, mientras que atacar las líneas de Torres Vedras sería un auténtico suicidio, así que simplemente había decidido quedarse allí, sin avanzar ni retirarse, muriéndose poco a poco de hambre durante el invierno y mirando los enormes terraplenes de las líneas, que habían sido destrozados y arrasados desde una cadena de colinas frente a la estrecha península al norte de Lisboa. Los valles entre las colinas habían sido bloqueados con inmensos diques o con intrincadas barricadas de espi-

nos, mientras que en las cimas y sus prolongadas cuevas habían cavado trincheras con aberturas, armadas con una batería de cañones tras otra. Las líneas, una hambruna invernal y los incesantes ataques de partisanos habían dado finalmente al traste con el intento francés de capturar Lisboa, y en marzo habían empezado a retirarse. Ahora, ya en abril, la retirada se estaba demorando en las colinas de la frontera española, puesto que era allí donde el mariscal Masséna había decidido asentar su posición. Lucharía y derrotaría a los ingleses en las abruptas colinas cortadas por ríos, de modo que Masséna tendría siempre a su espalda las fortificaciones gemelas de Badajoz y Ciudad Rodrigo. Aquellas dos ciudadelas españolas convertían la frontera en un formidable dique de contención, si bien por ahora lo que preocupaba a Sharpe no era la desalentadora campaña de frontera que se avecinaba, sino más bien el misterioso jinete gris que se alejaba.

El teniente Price había alcanzado una zona de terreno yermo a media ladera, donde sus hombres se ocultaron mientras Sharpe indicaba a sus fusileros que avanzaran. Era una pendiente empinada, pero los casacas verdes la subieron de prisa porque, como todo hombre de infantería experimentado, sentían un miedo sano por la caballería enemiga, y sabían que las laderas escarpadas eran una barrera efectiva contra los jinetes, de modo que cuanto más alto subieran, más seguros y despreocupados se sentirían.

Sharpe adelantó al grupo de fusileros agazapados y siguió subiendo hacia la cresta de un espolón que separaba los dos valles. Cuando estuvo cerca de la cima, hizo un gesto para que sus fusileros se echaran cuerpo a tierra

y después subió arrastrándose hasta la cresta para echar un vistazo al pequeño valle en el que el jinete gris había desaparecido.

Y, a unos sesenta metros por debajo de él, vio a los franceses.

Todos aquellos hombres vestían el extraño uniforme gris, pero Sharpe ya sabía que eran franceses porque uno de los hombres de caballería llevaba un pendón. Era una pequeña bandera de cola de golondrina portada en una lanza como marca de concentración en el caos de la batalla, y esta bandera en concreto, raída y deflecada, mostraba el rojo, el blanco y el azul del enemigo. El portaestandarte estaba montado en su caballo en medio de una pequeña aldea abandonada, mientras que sus compañeros desmontados registraban la media docena de casas de piedra y paja, que parecían haber sido construidas para dar refugio a unas familias durante los meses de verano, cuando los granjeros de las tierras bajas tenían que subir sus rebaños a pastar en los pastos altos.

Sólo había una media docena de jinetes en el poblado, pero junto a ellos estaba un puñado de soldados de infantería, que también vestían los monótonos y sencillos gabanes grises, en vez de su azul habitual. Sharpe contó dieciocho hombres de infantería.

Harper subió la colina a rastras hasta llegar junto a Sharpe.

—Jesús, María y José —dijo al ver la infantería—. ¿Uniformes grises?

—Puede que tuviera razón —dijo Sharpe—, puede que esos cabrones se hayan quedado sin tinte.

–Pues preferiría que se hubieran quedado sin balas de mosquete –dijo Harper–. Entonces, ¿qué hacemos?

–Nos largamos –dijo Sharpe–. No tiene sentido combatir por gusto.

–Amén a eso, señor –Harper empezó a deslizarse alejándose de la cresta–. ¿Nos vamos ya?

–Deme un minuto –dijo Sharpe, y se llevó un brazo a la espalda para sacar su catalejo, que estaba en un bolsillo de su morral francés de cuero de buey. Después, con la visera del catalejo extendida para dar sombra a la lente externa y evitar así que el reflejo de la débil luz del día llegara colina abajo, lo orientó hacia las casuchas. Sharpe era cualquier cosa menos un hombre rico, aunque el catalejo era un instrumento delicado y caro fabricado por Matthew Berge de Londres, con ocular de latón, obturadores y una pequeña placa grabada montada sobre su tubo de nogal. «En agradecimiento», decía la placa, «AW. 23 de septiembre, 1803». AW eran las iniciales de Arthur Wellesley, ahora vizconde de Wellington, teniente general y comandante de los ejércitos inglés y portugués que había perseguido al mariscal Masséna hasta la frontera española. Pero el 23 de septiembre de 1803, el honorable comandante general Arthur Wellesley cabalgaba en un caballo que fue alcanzado en el pecho, de manera que derribó a su jinete en las filas del frente enemigo. Sharpe aún podía recordar los estridentes gritos de triunfo de los soldados cuando el general de casaca roja cayó entre ellos, aunque se acordaba de muy pocos segundos de lo que sucedió después. Sin embargo, habían sido aquellos pocos segundos los que lo habían catapultado de entre las tropas rasas y habían

hecho de él, un hombre nacido en el arroyo, un oficial del ejército inglés.

Ahora enfocó el regalo de Wellington hacia los franceses de abajo, y vio a un soldado de caballería desmontado que transportaba un cubo lleno de agua desde el riachuelo. Por uno o dos segundos, Sharpe pensó que aquel hombre llevaba agua a su caballo, pero el dragón se detuvo entre dos casas y empezó a verter el agua en el suelo.

–Buscan comida –dijo Sharpe–, con el truco del agua.

–Menudos muertos de hambre –dijo Harper.

Los franceses habían sido expulsados de Portugal más por el hambre que por la fuerza de las armas. Cuando Wellington se retiró de Torres Vedras, dejó tras él un territorio devastado de establos vacíos, pozos envenenados y graneros llenos de eco. Los franceses habían resistido cinco meses de hambruna registrando toda aldea desierta y pueblo abandonado en busca de alimentos escondidos, y una manera de encontrar tinajas de cereal enterradas era verter agua en el suelo, pues donde el suelo había sido cavado y tapado de nuevo el agua siempre desaparecía más deprisa, y así mostraba dónde habían sido escondidas las tinajas.

–Nadie escondería comida en estas colinas –dijo Harper desdeñoso–. Nadie subiría hasta aquí más comida de la necesaria.

Entonces oyeron un grito de mujer.

Por unos instantes, tanto Sharpe como Harper pensaron que el sonido provenía de un animal. La distancia habría amortiguado y distorsionado el chillido, y no había señal alguna de civiles en el diminuto poblado, pero

entonces el eco del terrible alarido fue devuelto por las lejanas laderas de enfrente, de forma que los dos hombres captaron todo su horror.

–Cabrones... –susurró Harper.

Sharpe cerró el catalejo.

–Ella está en una de las casas –dijo–. ¿Y dos hombres con ella? ¿Tres, quizá? Lo que quiere decir que no puede haber más de treinta de esos cabrones ahí abajo.

–Nosotros somos cuarenta –dijo Harper con recelo. No es que le asustaran las probabilidades, pero tal ventaja no era tan aplastante como para garantizarles una victoria sin derramamiento de sangre.

La mujer chilló de nuevo.

–Vaya a buscar al teniente Price –ordenó Sharpe a Harper–. Dígales a todos que carguen y que se mantengan fuera de la cima –giró en redondo–. ¡Dan! ¡Thompson! ¡Cooper! ¡Harris! Suban aquí –los cuatro eran sus mejores tiradores–. ¡Mantengan las cabezas bajas! –advirtió a los cuatro hombres; después esperó hasta que llegaron a la cima–. En un minuto, me llevaré a los demás fusileros allí abajo. Quiero que ustedes cuatro se queden aquí y escojan a cualquier cabrón que parezca problemático.

–Esos cabrones ya se van –dijo Daniel Hagman. Hagman era el hombre más viejo de la compañía y el tirador más certero. Era un furtivo de Cheshire al que le habían ofrecido la posibilidad de alistarse en el ejército, en lugar de afrontar el destierro por haber robado unos faisanes a un terrateniente absentista.

Sharpe volvió a mirar hacia abajo. Los franceses se estaban marchando, o más bien la mayoría de ellos, pues,

a juzgar por la forma en que los de la retaguardia de la columna de infantería miraban atrás y gritaban hacia las casas, habían dejado a algunos de sus camaradas dentro de la casa donde la mujer había gritado. Con la media docena de soldados de caballería a la cabeza, el grupo principal avanzaba con dificultad riachuelo abajo hacia el valle más grande.

–Se están volviendo descuidados –dijo Thompson.

Sharpe asintió. Dejar hombres en el poblado era un riesgo, y no era propio de los franceses correr riesgos en terreno abierto. España y Portugal estaban plagados de guerrilleros, los partisanos que lanzaban escaramuzas cortas y letales, una forma de luchar mucho más amarga y cruel que las batallas más formales entre los franceses y los británicos. Sharpe conocía bien esa crueldad, pues el año anterior había cruzado el agreste territorio del norte para buscar oro español, y sus compañeros habían sido partisanos cuyo salvajismo le había resultado espeluznante. Una de ellos, Teresa Moreno, había sido amante de Sharpe, aunque ahora se llamaba a sí misma «la Aguja», y todo francés al que acuchillaba con su hoja larga y estrecha era una pequeña parte de la interminable venganza que se había prometido infligir a los soldados que habían abusado de ella.

Teresa estaba ahora muy lejos, luchando en las cercanías de Badajoz, y en ese momento, en el poblado a los pies de Sharpe, otra mujer estaba sufriendo las atenciones de los franceses, y el capitán se preguntaba una vez más por qué aquellos soldados de uniforme gris creían que era seguro dejar a unos hombres llevar a término su crimen en aquel pueblecillo aislado. ¿Tan seguros esta-

ban de que no había ningún partisano al acecho en aquellas montañas?

Harper regresó, respirando pesadamente tras guiar a los casacas rojas de Price colina arriba.

–Dios salve a Irlanda –dijo mientras se dejaba caer junto a Sharpe–, pero esos cabrones ya se están largando.

–Creo que han dejado atrás a unos hombres. ¿Está preparado?

–Claro que lo estoy –Harper amartilló el percutor de su rifle.

–Morrales al suelo –dijo Sharpe a sus fusileros mientras se descolgaba el suyo de los hombros; después se volvió para mirar al teniente Price–. Espere aquí, Harry, y esté atento al silbato. Dos pitidos significan que quiero que abra fuego desde aquí arriba, y tres que quiero que baje al pueblo –miró a Hagman–. No abra fuego, Dan, hasta que ellos nos vean. Si podemos llegar allí abajo sin que esos cabrones se den cuenta, será más fácil –levantó la voz para que los demás fusileros pudieran oírlo–. Vamos a bajar deprisa –dijo Sharpe–. ¿Están todos preparados? ¿Tienen sus armas cargadas? ¡Pues vamos! ¡Ahora!

Los fusileros saltaron por encima de la cresta y se lanzaron colina abajo detrás de su capitán. Él siguió mirando a su izquierda, donde la pequeña columna francesa se replegaba junto al arroyo, pero ninguno de los de la columna se volvió, y el ruido de los cascos de los caballos y de las botas claveteadas de los infantes debía de suavizar sin duda el sonido de los casacas verdes al correr colina abajo. Aun así, justo cuando Sharpe estaba a unos metros de la casa más cercana, un francés se volvió y dio la voz de alarma. Hagman disparó en aquel mismo instante, y el sonido de



su rifle Baker resonó, primero en la pendiente más alejada del pequeño valle, después en el remoto flanco del valle más grande. El eco siguió rebotando, cada vez más débil, hasta que fue ahogado cuando los otros fusileros de la cima de la colina abrieron fuego.

Sharpe avanzó el último tramo de un salto. Se lanzó al suelo al aterrizar, se levantó y pasó corriendo junto a un montón de estiércol apilado contra el muro de una casa. Sólo había un caballo atado a una estaquilla de acero, clavada en el suelo junto a una de las casuchas, en cuya puerta apareció de pronto un soldado francés. Aquel hombre llevaba una camisa y un gabán gris, pero iba desnudo de cintura para abajo. Levantó su mosquete cuando Sharpe apareció corriendo, pero después vio a los fusileros que venían detrás de él, así que dejó caer el mosquete y levantó las manos para rendirse.

Sharpe había desenvainado su espada cuando corría hacia la puerta de la casa. Una vez allí, apartó con el hombro al soldado con las manos alzadas y entró corriendo en la casucha, que sólo tenía una habitación de piedra desnuda con vigas de madera y techo de losas y hierba. El interior estaba a oscuras, pero no tanto para que Sharpe no pudiese ver a una chica desnuda arrastrándose por el suelo de tierra en un rincón. Tenía sangre en las piernas. Otro francés, éste con pantalones de caballería a la altura de los tobillos, intentó levantarse y alcanzar su espada envainada, pero Sharpe le dio una patada en las pelotas. Le golpeó tan fuerte que el hombre gritó, pero no pudo recuperar el aliento para gritar otra vez y se derrumbó en el suelo ensangrentado, donde quedó gimoteando y con las rodillas encogidas hacia el pecho. Había otros dos hombres en el

suelo de tierra apisonada, pero cuando Sharpe se volvió hacia ellos con su espada desenvainada vio que los dos eran civiles y estaban muertos. Habían sido degollados.

El crepitar de los mosquetes resonaba en el valle. Sharpe regresó a la puerta, donde el soldado de infantería francés estaba de rodillas con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

–¡Pat! –llamó Sharpe.

Harper estaba organizando a los fusileros.

–¡Tenemos a esos mierdas dominados, señor! –gritó el sargento en tono tranquilizador, adelantándose a la pregunta de su capitán.

Los fusileros se habían agachado junto a las casas y disparaban desde allí, recargaban y volvían a disparar. De las bocas de sus rifles Baker salían espesas volutas de humo blanco que olía a huevos podridos. Los franceses devolvían el fuego, y las balas de sus mosquetes alcanzaron las casas de piedra cuando Sharpe reculaba de vuelta al interior. Agarró las dos armas de los franceses y las arrojó al exterior por la puerta.

–¡Perkins! –gritó.

El fusilero Perkins corrió hacia la puerta. Era el más joven de los hombres de Sharpe, o se suponía que era el más joven, pues aunque Perkins no conocía ni el día ni el año de su nacimiento, aún no necesitaba afeitarse.

–¿Señor?

–Si cualquiera de estos cabrones se mueve, dispáreles.

Puede que Perkins fuese joven, pero el gesto de su delgado rostro asustó al francés que no estaba herido, quien levantó una mano en son de paz como suplicando al joven fusilero que no le disparara.